

PROBLEMAS HISTORIOGRAFICOS DE NUESTRAS LITERATURAS: DISCURSO LITERARIO Y MODERNIDAD

Ana Pizarro

Entre las distintas disciplinas que apuntan al conocimiento del hombre y la sociedad tal vez sea la tarea del investigador de la literatura la que esté más tensionada por el conflicto del instante y la permanencia. Requerido por una parte con urgencia -en nuestros países se realiza la función de historiador y crítico al mismo tiempo- por la última novela, el último poemario, el último ensayo publicado, o aún sin publicar, su labor está por otra constituida por la reflexión mayor respecto del discurso que se asienta ya como legado cultural, por la estructura, la función, la significación que lo conforman como tal por su modo de inserción en corrientes, movimientos, épocas, por su modo de enunciar y organizar estéticamente momentos, transiciones, en general la dinámica de la cultura, las posturas del hombre frente a la vida, frente a sí mismo y a los demás, por la labor propiamente historiográfica.

La duración de un día, el bautizo de tal o cual obra es fundamental para el crítico que debe publicar su artículo en el periódico del día siguiente. El tiempo será mayor para el decantamiento que significa el trabajo académico, y el analista universitario, cuyo artículo aparecerá en la

revista especializada, lo asume con mayor tranquilidad. La postura del historiador en cambio es la compleja experiencia de quien sin dejar de interpretar el presente, consciente de que los hombres hacen la historia sin saberlo, se aboca al tiempo lento de la larga duración.

El conflicto del instante y la permanencia lo experimenta el historiador de la literatura también en su intento de aprehender las articulaciones de lo que constituye el corpus de nuestras literaturas, las articulaciones entre los sistemas literarios: el del sistema erudito será un tiempo de dinámica fugaz, violenta, un tiempo hecho de irrupciones y velocidad; el de los sistemas literarios populares será diferente de acuerdo a su asiento: rural o urbano; y el tiempo del sistema literario indígena será el tiempo extendido propio de la oralidad, un tiempo lento, hecho de repeticiones, de reconstrucciones y olvidos: el tiempo de la sabiduría maya que afirma:

"La luna, el viento, el año, el día
todo camina
pero pasa también"

Sabemos que la historia literaria -como la historia en general- no es sino una opción: podemos hacer una historia de los hombres que hacen literatura -es la opción biográfica propia del siglo pasado ya en franco desuso-; podemos hacer la historia de movimientos literarios aisladamente, de corrientes, y hay trabajos notables en este sentido; podemos hacer una historia literaria dependiente de la historia política y es lo que entre nosotros ha rotulado a ciertas unidades: novela de la Revolución Mexicana, Literatura de la Independencia, etc. Al hacerla, más allá de las denominaciones que ya no son discutibles estamos sin embargo privilegiando la serie política sobre la literaria; podemos hacer una historia en tanto catálogo de obras y autores, podemos hacer historia de las líneas de fuerza que mueven a la literatura, podemos hacer historias nacionales o historias continentales. Toda opción tiene un sentido, una significación.

Nos parece que estamos en un momento del devenir de nuestras sociedades en que necesitamos responder al

viejo proyecto integrador bolivariano. Pareciera ser el modo de enfrentar los enormes desafíos de nuestros tiempos múltiples y contradictorios, los desafíos del tiempo presente. Frente al desafío económico con los efectos de la crisis sobre la economía y las sociedades regionales, el desafío cultural con el impacto homogeneizador de los medios de comunicación de masa y la nueva industria cultural; el desafío político de lucha por sociedades justas en donde se perfilan cada día nuevas brechas y nuevos actores sociales que buscan su vía de expresión (movimientos femeninos, movimientos culturales de impacto social como el reggae, el rock, la salsa); el desafío tecnológico con la brecha cada vez más abismal que se abre entre las nuevas tecnologías y los países periféricos; los sociales de la drogadicción que se internacionaliza y compromete el futuro social del continente. Frente a estos desafíos pareciera urgente asumir la construcción continental como proyecto integrador y desde el ámbito que nos corresponde como analistas de los universos simbólicos que genera esta misma sociedad. Desde la pluralidad cultural que somos, fortalecer la integración latinoamericana parece ser uno de los ejes de una estrategia de superación.

En este sentido el conocimiento de nuestras literaturas nacionales necesita inscribir su pertenencia en la comunidad mayor que tiene en esta línea, como sabemos, una larga tradición intelectual.

Llevar adelante el esfuerzo de elaboración de una historia literaria de América Latina¹ es un problema que hemos tratado anteriormente. Nos hemos abocado allí a considerar primero qué historia podemos concebir y qué

1 Sobre este tema tenemos dos publicaciones que abordan problemas historiográficos tales como: delimitación del área, perspectiva comparatista, revisión de la historiografía latinoamericana, literatura nacional, regional, latinoamericana, literatura e historia, relaciones entre Brasil, Caribe y América Hispánica, problemas historiográficos de las literaturas del Caribe. Ver. A. PIZARRO (Coord.). La literatura latinoamericana como proceso, Bs. As. 1985; id. Hacia una historia de la literatura latinoamericana, México, 1987.

historia podemos realizar en los hechos. Se nos ha hecho evidente a través de la práctica que un problema de esta envergadura no puede estar en manos de un historiador aislado sino que necesita ser el producto de un esfuerzo colectivo. Hemos intentado abordar situaciones propias de nuestras literaturas tales como su pluralidad de sistemas, el modo de existencia de la literatura brasileña y las del Caribe con las del resto del continente, tratando de responder a estos interrogantes así no fuese tentativamente, abriendo sobre todo entre latinoamericanistas de distintos países, brechas de discusión.

Nos interesa ahora precisar que la opción de una historia de la literatura latinoamericana es para nosotros lograr aprehender conceptualmente la historia del discurso literario en el lento transcurso de su constitución: en su proceso de formación, de emancipación de los modelos coloniales, en su pausada definición de identidad, en la asunción de sí mismo, que es el modo como delimita un espacio propio, como busca su expresión, como constituye alternativamente su palabra, el modo como se integra a la modernidad; como se origina un discurso literario que busca su expresión propia en el tiempo extendido de la vida de nuestras sociedades, en el tiempo largo en que se constituye una cultura, en el que las permanencias de una sociedad la consolidan en civilización. Este es para nosotros el problema central.

Ahora bien ¿Cómo asume el discurso la contradicción entre modernidad y legado cultural tradicional?

La integración a la modernidad es el ejercicio que nuestra literatura realiza desde el momento de las independencias. La modernidad, sabemos, no es un producto nuestro: se nos impone y la experimentamos como continente periférico que la rechaza o asume de un modo determinado.

"En realidad, la modernidad vino desde afuera por varias vías -dice F. Calderón²- La primera fue por barco:

2 Fernando CALDERON. "América Latina: Identidad y tiempos mixtos o cómo tratar de pensar la modernidad sin dejar de ser indios", David y Goliat. Año XVII, N° 52, sept. 1987.

se llamaba *Contrato Social* y estaba cargada de esclavos negros.

Luego aparecieron los revolucionarios y libertadores, influidos por el liberalismo francés y la revolución americana (...) y más tarde la modernidad decimonónica fue introducida deformadamente al continente por las elites coloniales, ahora republicanas. Dos caras, dos identidades: modernos, liberales, blancos hacia afuera, para legitimar su relación con el mundo, y negreros, plagados de gazmoñería religiosa, anticiudadanos, racistas, feudales y brutalmente represores hacia adentro, para organizar su dominio². Estos son los modos plurales como hemos ido viviendo la modernidad, que es decir también las formas plurales en que hemos ido constituyendo nuestra identidad. El discurso literario de nuestro siglo asume la pluralidad y una perspectiva historiográfica de carácter lineal -que pensará el movimiento en términos de instancias consecutivas- se enfrentaría al problema serio de esta pluralidad. Se encontraría con secuencias paralelas y superpuestas y viviendo en un mismo instante momentos distintos de su desarrollo. Se encontraría por ejemplo con la existencia de un regionalismo -en Brasil, en la Revolución Mexicana, en la zona afro-americana, y generalizado en América Latina- paralelamente a la irrupción de la vanguardia, que como lo han puesto en evidencia los trabajos recientes es un fenómeno continental de caracteres diferenciados y con denominaciones propias en cada país. Esta secuencia es marcadamente distinta de la anterior desde su origen, con una diferente concepción del espacio y el tiempo, como ha sido estudiado respecto del Modernismo brasileño por Jorge Schwartz³, integrando, en su "antropofagia cultural" al Brasil profundo con el andamiaje técnico del vanguardismo europeo.

Pero hay aún otras secuencias superpuestas cuando observamos que paralelamente a ellos se desliza una literatura folletinesca de carácter masivo en las incipientes clases medias, hijas del crecimiento urbano y ávidas de bienes simbólicos que responden a las nuevas expectativas sociales dadas por el crecimiento de la sociedad. En las zonas rurales

3 Vanguardia e cosmopolitismo , Sao Paulo, 1983.

entre tanto coexiste con ellas la literatura popular: la décima, el contrapunto, el cordel. En las zonas indígenas se reproducen por su parte viejas elegías, ancestrales relatos, el *epeu* mapuche, la poesía tupi-guaraní, la creación y recreación generalizada.

Esta producción en secuencias múltiples, variadas, superpuestas, es nuestra modernidad literaria porque expresa la multiplicidad simbólica, la pluralidad estética que brota de una sociedad heterogénea en lo étnico y social, fragmentada en el acceso a los bienes culturales.

La modernidad tiene en nosotros un movimiento doble: por una parte la asumimos en términos creativos y nos integra aunque periféricamente al ritmo internacional de los tiempos. Por otra sus efectos son corrosivos, destructores, en el impacto homogeneizador de los medios de comunicación de masa, en la órbita de los pueblos indígenas. Para ellos la modernidad, comenzó con el rifle a repetición y el ferrocarril.

La modernidad de nuestros días está organizada por estos ritmos disímiles en donde coexisten la premodernidad de las culturas aborígenes en rescate y destrucción permanentes, la premodernidad del sistema de riego y la tecnología agraria al lado de la contemporánea existencia del computador. Aquí y ahora las brechas con el llamado desarrollo se vuelven abismales con la existencia de la biotecnología, de la industria nuclear, de la transmisión por satélite. ¿Cómo la asumimos y en qué grado nos determina esta situación?. El universo tecnológico no es inocente: él implica reestructuraciones de la sociedad, redistribución de los valores, formas diferentes de jerarquización. Es el fenómeno que estamos viendo con la llamada cultura-post-industrial. En este ámbito, el de nuestra pre-modernidad enfrentada a las discusiones de una eventual "post-modernidad", que vivimos en realidad como modernidad alternativa, periférica ¿cómo se comporta el discurso de la literatura y de la cultura en tanto expresión simbólica de estos enfrentamientos?

El problema en esta dirección es cómo se constituye el discurso de la identidad y cómo el proceso de la palabra

en busca de su expresión genera su modalidad alternativa en el impacto-modernizador.

Para América Latina el problema de la identidad en la literatura tiene una simbología específica.

En 1609, durante una expedición inglesa cuyo destino era Virginia, una nave que la tempestad había separado del resto de la flota naufragó frente a la costa de una de las islas del archipiélago de las Bermudas, y los miembros de la tripulación debieron sobrevivir allí durante varios meses. Fue el "fait divers" de la época que dio según parece nacimiento en 1612 a *La Tempestad* de Shakespeare. Múltiples son las fuentes que se señalan para la obra shakespeariana: fuentes francesas, italianas o de tradición popular inglesa. Lo que no interesa en este momento es que ese hecho de naturaleza casi anecdótica dio nacimiento a una saga simbólica. Y lo que aparece como interesante para nuestro propósito es observar la dinámica del imaginario que una obra engendra, cómo ella es el producto del imaginario social y es al mismo tiempo fuente de imágenes y símbolos que lo revitalizan, imágenes y símbolos entre los cuales se encuentra en este caso aquél que ha llegado a ser un hito en nuestra historia literaria como es la trilogía clásica, de Próspero, Ariel y Calibán. Vueltos a tomar por el uruguayo José Enrique Rodó, por el franco-argentino Groussac, por Aníbal Ponce entre otros caribeños como Georges Lamming, de Barbados, Aimé Cesaire, Edward Brathwaite o por Roberto Fernández Retamar en su ensayo ya también clásico llamado "Calibán", los personajes de Shakespeare van a llegar a constituir en la literatura latinoamericana y del Caribe, de donde nace su primer impulso, este "fait divers", el símbolo a nivel estético del enfrentamiento amo-esclavo. Pero ya no se trata del enfrentamiento que en términos de clase social había nutrido el imaginario de la pre-Revolución Francesa en la obra de Molière, Beaumarchais y Diderot. Se trata ahora del esclavo como el habitante primitivo de la isla, el ser autóctono, frente a Próspero que es el dominador extranjero. Se trata ahora de la inversión que valoriza en sentido contrario la contradicción civilización-barbarie, de la violación, ahora consumada, de Mirañda

por Calibán, como la posibilidad realizada por nuestras culturas, las culturas producto de la dominación, de asumir en términos activos el complejo proceso de su constitución específica, la pujante dinámica de su identidad.

En efecto, el problema de la identidad cultural es un subproducto de los procesos de colonización, es por esto que la identidad surge como una reivindicación propia del Tercer Mundo en los años que se viven los procesos de descolonización de Asia y Africa, posteriormente a la Segunda Guerra Mundial. Son los procesos de dominación y la implicación que ellos tienen en la conformación de las sociedades nuestras poliétnicas y plurilingües, y en el caso de América Latina, mestizas, los desencadenantes de la llamada "búsqueda de identidad", que no es sino el intento del aprehender conceptualmente aquello que como grupo social hacemos todos los días en nuestra interacción con el medio en el que vivimos y evolucionamos. No se trata más que del ejercicio de nuestra cultura como conjunto de conocimientos y técnicas, valores, aspiraciones, creencias y actitudes, estructuras de conducta y de relación con el mundo y con los otros, todo aquello que promueve el nacimiento de nuestras aspiraciones, configura nuestra percepción del universo y da cuenta de nuestro papel y del sentido de nuestra existencia. Buscar la identidad es una preocupación y una reivindicación de los pueblos que han experimentado los procesos colonizadores y que han visto sus culturas destruidas en pro del modelo cultural metropolitano.

Identidad y modernización parecieran términos contrapuestos. Lo son de hecho cuando pensamos al continente en una perspectiva nacionalista-autárquica: la modernidad sería allí el motor que destruye nuestro ser más auténtico, más real. Lo serían también para quienes propulsan la línea contraria: allí la modernización a ultranza (el "modernismo" lo llama A. Malek) que es modelo europeo, tecnológico blanco, hace percibir la cultura heredada de nuestros pueblos como un lastre. Es la visión decimonónica iluminista del "progreso".

Ambas posiciones implican esquemas superados por la realidad del devenir de nuestros pueblos y por el

pensamiento contemporáneo. En este sentido es la misma literatura contemporánea la que entrega un modelo de organización cultural que pone en evidencia los engranajes de nuestro proceso cultural moderno.

La identidad no puede significar la negación de la modernización para constituir una vuelta atrás, poniendo de relieve los contenidos estáticos de un pasado, los estereotipos que se perciben en su legitimidad histórica. Toda una línea de pensamiento en este sentido produce confusiones importantes: es la pintura "naive" que preconizaba Duvalier, sus posiciones frente a la negritud. Es el caso del fundamentalismo islámico, el de todos los integrismos: católico o hebreo, musulmán.

La construcción de la identidad tampoco puede significar la aceptación del modelo que significa en este momento la valoración tecnológica de la vida y el consumismo que ella implica. La noción de lo moderno aquí -maquinaria, objeto, tecnología- constituye el horizonte que desplaza a los elementos que componen la especificidad y es el modelo "desarrollado" -Europa o los EE.UU- el punto focal hacia el cual es necesario avanzar en una marcha lineal. Así lo preconizaba el viejo desarrollismo de mediados del siglo, como si la brecha entre nuestros países y los desarrollados fuese una cuestión de etapas y no, como lo señalara tempranamente Prebisch, un problema de relación.

La literatura contemporánea, decíamos pone en evidencia los mecanismos de nuestra relación con la modernidad. Así lo expresa ya en la segunda década de nuestro siglo el modernismo brasileño. "Nunca fomos cathechizados -dice el *Manifiesto Antropofágico*- Fizemos foi carnaval".

La significación de esta afirmación abarca la amplitud de la textualidad que surge a partir de las vanguardias. Del mismo modo como la imposición religiosa no se asume como tal sino que se transforma, la literatura genera la multitud de procesos que transforman, descentran, difractan el modelo, reacondicionan las técnicas, y su presencia adquiere así mayor identidad.

Esta es la tercera opción que asume la construcción de la identidad en su relación con la modernidad: se recibe

el impacto modernizador, se le apropia y se le transforma con mayor o menor rigor, dependiendo del momento, del lugar, del talento, en una respuesta creativa que emplea formas diferentes de descentramiento, disfracción, reducción, parodia etc., y que como contrapartida íntegra, transforma, en un proceso transculturador el imaginario popular, indígena o afroamericano. El discurso literario erudito resemantiza así los contenidos, las estructuras del imaginario propio de los otros sistemas, que irradian en el discurso a través de formas, núcleos de significación, matrices genéricas, formas de relación con la vida: es Roa, Guimarães Rosa, Rulfo. En el caso anterior es Borges y su apropiación de la literatura universal, es Brito García y sus relecturas, es Puig utilizando lo que es el impacto homogeneizador de los medios para hacer de ello materia estética en la sensibilidad de un sector social.

La literatura en nuestro continente da cuenta de una cultura heterogénea y fragmentada que no podría tener otra forma de comportamiento que la de la heterogeneidad y la fragmentación de la sociedad que la produce: "nuestra cultura -dice García Canclini- se ha hecho todo el tiempo a mitad de camino entre los residuos heterogéneos y las innovaciones truncas". Esta específica situación entre tradición y modernidad de cuya dialéctica surgen las secuencias superpuestas que construyen el espesor de nuestro discurso literario -o tal vez deberíamos decir de nuestros discursos- es la propia de las zonas literarias periféricas, las zonas en proceso de construcción de identidad, las que emergen de formaciones históricas coloniales y viven los avatares histórico-sociales de su condición.

El problema que se le presenta a la historiografía es la aprehensión de esta multiplicidad para cuya tarea necesita generar un aparato teórico adecuado. Tal vez al observar situaciones que se aproximan se podría llegar a conclusiones importantes en este sentido. La ciencia comparativa en general ilumina, y estoy haciendo una opción en esa dirección.

La tradición crítica comparativa ha conducido permanentemente nuestra mirada hacia la literatura europea.

En nuestro siglo el auge editorial nos ha hecho observar también a la norteamericana: Wilde, Scott Fitzgerald, Steinbeck y la "generación perdida" han constituido también parte de nosotros y nos han ayudado a entender y a producir nuestra literatura.

Tal vez sea el momento en que debemos comenzar a observar a las otras literaturas, aquellas en donde las condiciones históricas originan mecanismos similares de estructuración del texto, en donde las condiciones históricas diseñan perspectivas temáticas y estéticas que nos ayudan a reflexionar y comprender mayormente la configuración de nuestra palabra.

Las literaturas africanas son literaturas muy antiguas en su desarrollo como literaturas de la oralidad. Como las nuestras, son literaturas que han generado a partir de la colonización sistemas literarios eruditos en lenguas europeas -inglés, francés, portugués- que se superponen a los sistemas tradicionales. El auge de estas literaturas es bastante reciente y tiene que ver sobre todo con la descolonización africana que es propia de la historia contemporánea.

En su violento acceso a la modernidad y por su largo tránsito en el ámbito colonial, el problema central de estas literaturas es, como en las nuestras, el de la identidad, fruto de lo que el tunecino Albert Memmi había descrito ya hace algunos años con el agudo "retrato del colonizado".

El modo en que enfrentan la modernidad se da en la misma dirección que en nuestra literatura: lo hacen buscando las formas que permitan asumir en un discurso de futuro la profundidad histórica de nuestras sociedades. Está es un paso adelante en la superación de la tensión entre lo específico y la modernidad; un paso marcado por los mecanismos de transculturación de las estructuras de la cosmovisión popular y de apropiación creativa de los modelos culturales a que hemos aludido anteriormente.

Para ello el nigeriano Wole Soyinka o el keniano Chinua Achebe exploran lo que podrían ser los tiempos modernos negros, o Labou Tansi transita el barroco, y surgen los juegos del narrador, las secuencias intertextuales, las superposiciones de planos, etc. La literatura y la novela

específicamente se inclinan en dirección de la observación histórica de las sociedades, se vuelve política; comienza a textualizar los avatares del difícil proceso de descolonización, el horror del apartheid, las dificultades de la construcción social independiente, el exilio. Es Naguib Mahfouz en Egipto, es la alegoría de la dictadura en Labou Tansi. Lo hacen del mismo modo y en una similar gama de posibilidades estéticas que se abren desde el documento a la compleja simbolización, al que los narradores contemporáneos de América Latina se acercan a la historia -Carlos Fuentes, Miguel A. Asturias, G. Márquez, Carpentier, Roa Bastos-, forma necesaria y angustiosa de interrogar el pasado como una necesidad para explicarse el presente, para imaginar el futuro.

En el mismo marco ellos se plantean los problemas culturales en este similar enfrentamiento a la modernización, y surge el cuestionamiento del patriarcado, los problemas de la mujer en el mundo árabe, como en la novela *L'enfant de Sable* de Tahar Ben Jelloum, recientemente premiado con el Goncourt en Francia. Cuestionan la herencia cultural por una parte, la asumen por otra como estructuras míticas y de pensamiento que subvierten la escritura en lengua metropolitana, en la similar tensión entre tradición y modernidad que construye el universo de nuestros escritores.

Como en los nuestros la modernidad de los escritores africanos es la de un público reducido, extranjero, sus conacionales no leen las lenguas metropolitanas, fluyen entre ellos los sistemas propios de la oralidad, en donde parece haber producciones de calidad mayor: es famosa por ejemplo la épica Zulú.

Estoy privilegiando las semejanzas. Hay también diferencias importantes. Entre ellas el cuestionamiento del empleo de las lenguas metropolitanas, que en nuestro caso responde más bien a la discusión que se dió entre nosotros en el siglo XIX alrededor de la necesidad de apropiación de nuestras lenguas metropolitanas y la libertad de su uso para describir nuestra realidad. Esta discusión no es la nuestra en este momento salvo en regiones muy específicas como en el Caribe Holandés por ejemplo, en donde se afirma

el papiamento frente a la lengua holandesa, o el caso creóle frente al francés. Ellos emplean como nuestros escritores las lenguas metropolitanas pero el imaginario que ellos expresan es arabo-berebere o el de las distintas culturas del Africa negra.

Me detengo en esta aproximación porque enfrentada la literatura al ímpetu modernizador en una relación que tiene distintos momentos, me parece importante una opción historiográfico-comparativa en este sentido por procesos similares, de culturas también plurales en situación periférica. En ellas existe en común, en lo fundamental, el que más allá de las rupturas periódicas de escuelas, movimientos o grupos, más allá de las apropiaciones y determinaciones, hay una continuidad que apunta al tiempo de la larga duración, que más allá de las tensiones propias de una síntesis no llevada a cabo, son literaturas que se orientan a la permanencia, a la construcción cultural.

La literatura nos entrega la matriz explicativa de nuestro proceso de modernización, de nuestra tensión entre tradición y modernidad, así como expresa el modo como la asumen nuestras sociedades heterogéneas, poliétnicas, plurilingües, fragmentadas. Pero esta pluralidad, esta síntesis no realizada, es nuestra inserción en la historia, es nuestra modernidad alternativa. De ella necesita dar cuenta la historiografía literaria. Para ello es necesario asomarse a estos otros procesos histórico-culturales similares, en donde la literatura y la cultura se orientan hacia la realización de su "poder ser" profundo⁴. En donde el vasallaje cultural es transformado en estructuras-creadoras, en donde la multiplicidad y las pulsiones internas del discurso literario expresan el largo camino en que se gesta una cultura. Expresan el tiempo lento y prolongado que necesitamos privilegiar sobre el instante para percibir el ritmo de las permanencias y las respuestas con que se construye nuestra literatura. Para percibir las secuencias plurales que cohabitan en una cultura múltiple, que expresa la fragmentación de su socie-

4 Abdel MALEK, A., "Spécificité et endogéité", Varios, Clés pour une stratégie nouvelle du développement, Paris, Unesco, 1984.

dad. Para observar cómo la literatura va diseñando su identidad en la dialéctica de la transformación y el mantenimiento en el tiempo largo en que se construye una civilización.

Universidad de Buenos Aires